ALFONSO LENG

por

Domingo Santa Cruz

Cuando no se es orador avezado, la responsabilidad de un discurso es algo que intranquiliza nuestros días. Mientras llega el momento en que debemos pronunciarlo, se vive un poco con la sensación que teníamos de niños antes de un examen. En el caso presente debo confesar que me ha ocurrido exactamente lo contrario. Desde que acepté tomar la palabra en esta ceremonia, he vivido con una especie de alegría adentro, pues hablar de un amigo a quien mucho se quiere y admira, es como un premio y rendir homenaje a un hombre de la calidad de Alfonso Leng, es encargarse de algo muy hermoso. Porque nuestro laureado de hoy es no sólo un músico más que agregamos a la lista de los que la patria ha señalado como ilustres, sino que una figura humana de extraordinario valer, un modelo de laboriosidad, de modestia y de generosidad, de seriedad profunda en todo lo que le ha preocupado, en suma un hombre admirable y ejemplar como tal.

Leng no estará de acuerdo con ello, lo sé. Aun es posible que proteste por estas afirmaciones que merece como nadie; si no hubiera sido por su constante afán de descartarse de entre los candidatos al Premio Nacional de Arte, nos habría dado hace años, la oportunidad que hoy tenemos de distinguirlo, antes que algunos que lo hemos precedido con la convicción de estarlo postergando.

Hablar de Alfonso Leng es muy atrayente y, diría yo, muy entretenido, sobre todo cuando se quiere hablar del compositor, porque él mismo saltará a contradecirnos y a afirmar que su verdadera carrera es la del investigador, la del médico-dentista, del Jefe de laboratorio, del profesor de ortodoncia, parodoncia o de algo así tremendo que sólo se nombra en griego. Dirá que "solía componer", que lo hace como un modesto aficionado en sus horas de descanso y en circunstancias muy especiales. Hay, pues, que forzar al músico para que aparezca y dé rienda suelta al artista, al artista apasionado que hay en él, al que sale en cada página que ha escrito, nostálgico, a veces soñador, violento e impetuoso en otras. Parece increíble que estos calificativos se apliquen al hombre sereno y sonriente, al almirante universal de la Hermandad

de la Costa, que uno encuentra en los accidentados senderos de Isla Negra.

Así es Leng. Si mañana se establecen los premios nacionales en el campo científico, estoy seguro que uno de los primeros va a corresponder a nuestro amigo; y lo admitirá con mayor facilidad que el que hoy se le confiere. Sabe con complacencia que es un sabio de fama; no estoy seguro que admita a fondo aún lo que ha significado para la música chilena. Sin Leng no estaríamos donde hoy nos hallamos. No se habrían logrado las reformas y las creaciones institucionales que enorgullecen a Chile, ni aspectos en nuestra música que nos enaltecen. Desconozco la intimidad del desarrollo de las ciencias dentales; sé de su evolución hacia una concepción predominantemente biológica y fisiológica que las ha sacado del rango de pequeña especialidad local, provincia de la medicina, para proyectar sus estudios sobre el campo íntegro de la salud del hombre. Fui testigo de cómo se generó la Facultad de Odontología en la Universidad de Chile y me honro de haber sido uno de los que votaron su creación; sé lo que en ella trabajó Alfonso Leng y que por ello fue su primer Decano. Pero dificulto que en los anales de su profesión vaya a ocupar un lugar más ilustre que el que le corresponde en nuestra Historia musical contemporánea. Esto no ha sido aún suficientemente subrayado.

Comenzaré evocando un pasado que muchos ignoran y unos antecedentes que sitúen los avatares de nuestro amigo. ¿Cómo se produjo Alfonso Leng entre nosotros? Es una historia emocionante y bella, cuento que debe figurar entre las muestras del favor que, dicen, la Providencia ha solido tener para con este lejano y caprichoso país.

Alfonso Leng es nuestro casi por casualidad. Andando las postrimerías del pasado siglo, pocos años antes del drama del Presidente Balmaceda, llegaban dos extranjeros a nuestras costas: él, alemán de Silesia, alemán oriental colindante con Polonia; ella, de pura cepa irlandesa, de Dublin. Venían porque unos parientes de la familia del Dr. Blest, el fundador de nuestra Escuela de Medicina, les aseguraban algún porvenir. El niño, nuestro laureado, nació en Santiago y quedó huérfano muy temprano. Sus tías chilenas lo acogieron, le dieron hogar, lo guiaron en el despertar de su vida. El joven Leng había nacido músico. Las dos lejanas y apartadas comarcas del viejo mundo de que

procedía lo hicieron venir a la vida con misteriosas tradiciones ancestrales alejadas de toda posibilidad de tener la música como un arte de diversión o de vanidad. Nuestro futuro compositor debió ser un muchacho meditativo, un soñador; el arte estaba para él ligado a las emociones de la vida, sintió que el hombre no canta para entretenerse sino para expresar emociones en que la palabra queda corta. En Leng hubo una actitud hacia la música cercana a lo religioso y a lo filosófico. Nos cuenta que iba de niño a escuchar las retretas del Orfeón de Policía en la tradicional Plaza de Armas; allí uno puede verlo oyendo y mirando los instrumentos, distinguiéndolos entre sí. Luego se acercó al centro de gravedad de la vida musical chilena de entonces, la ópera, que al terminar el pasado siglo vivía momentos de esplendor. El Teatro Municipal era la palestra temida por los divos, por las grandes figuras que venían de Europa. Leng se apasionó por el género lírico y antes de los veinte años componía una ópera sobre la famosa novela romántica de Jorge Isaacs, "María".

De 1901 datan sus primeras composiciones, justamente cuando, en el deseo de buscar una profesión que le asegure el sustento, ingresa al Instituto Superior de Comercio. Por este tiempo es ya el amigo íntimo de la familia García Guerrero, verdadero cenáculo de inquietudes espirituales. Los García Guerrero eran tres hermanos, profundamente artistas: don Daniel, que era médico y fue gloria de la medicina chilena; Eduardo, muerto prematuramente, escritor y brillante expositor, y Alberto, pianista y más que eso, músico profundo. Ignoro por qué Alberto era ya un hombre extremadamente al día en música, hombre que recibía las obras y los libros más recientes; que supo de Debussy en los días del estreno de "Pelléas" y de Schoenberg cuando éste presentaba sus primeras obras. Alberto García Guerrero y Alfonso Leng pasaron a ser verdaderos hermanos, fundaron aún una academia, que llamaron con el nombre de "Eliodoro Ortiz de Zárate", curioso homenaje al autor de "La Florista de Lugano", al compositor chileno que procuró arraigar el género lírico italiano en el país.

Mientras estudiaba comercio (Leng se titula de contador), va progresando en sus conocimientos musicales, en verdad, como autodidacta. "Conoció la técnica de su arte antes de aprenderlo en los libros", ha dicho de él el propio Alberto García Guerrero, profesor todavía

hoy en el Real Conservatorio de Toronto, en el Canadá. En 1905, Alfonso Leng hace una breve visita al Conservatorio Nacional de Música. No sin pedir muchas disculpas, dar un sinnúmero de explicaciones, nos cuenta el compositor que este paso por las aulas musicales terminó en forma abrupta: ¡fue expulsado por indisciplina! Hecho éste, inconcebible, inverosímil para quienes lo conocemos, a menos que se haya conocido también de cerca el nivel en que se movían las cosas docentes en la vida musical anterior a las reformas que la Sociedad Bach promovió más tarde.

Leng volvió a sus estudios personales. La música no era carrera de porvenir, ni menos disciplina que el medio ambiente concibiera con vuelo intelectual. Alberto García Guerrero debió sentirlo primero, porque resolvió ingresar a la Escuela Dental; Leng lo siguió, según él cuenta, "para poder seguir hablando de música con Alberto". Esto marca un golpe decisivo de timón en la vida de Leng. Es el año de 1906, año aciago del terremoto de Valparaíso y mientras su hermano espiritual abandona los estudios con valentía para consagrarse por entero a la carrera de ejecutante y de profesor de piano, Leng, que en música no tenía escapatoria práctica, resuelve adoptar como "segundo oficio" la carrera dental. Cuatro años más tarde era profesional dentista y tenía así un rótulo aceptado y práctico para las relaciones humanas. Vehemos más tarde que esto también quedó corto para su espíritu creador inquieto. Casi junto con recibir el título, Leng, que sigue con su actividad de compositor, ingresó a la carrera docente de su Escuela y en ella encuentra el campo espiritual que necesita.

* * *

Esto era Leng algunos años más tarde, cuando no recuerdo justamente dónde ni cómo nos encontramos y pasamos de inmediato a ser grandes amigos. ¿Fue en las reuniones inolvidables de la familia Canales Pizarro? ¿Fue a través de amigos comunes, de Alberto García Guerrero, que procuró, sin aprovechamiento mío, enseñarme piano, y a quien debo, además de generosos estímulos y reveladores consejos, el inapreciable regalo de la amistad de Leng? ¿Fue don Roberto Duncker quien nos acercó? No recuerdo. Sólo sé que hace cuarenta años, al fundarse

en mi propia casa la Sociedad Bach, Alfonso Leng ya estaba incorporado a nuestro pequeño y ascético coro. Su voz de bajo era uno de nuestros fundamentos; su palabra en las veladas nocturnas que seguían a las reuniones corales era la voz de quien nos traía nuevas ideas, abría horizontes, afirmaba aspiraciones, moderaba ímpetus. Era el hermano mayor juicioso que nos sostenía y aconsejaba. Esto Leng ha solido olvidarlo. No por otra causa, al ausentarme yo en 1921 de Chile, fue nuestro laureado de hoy quien empuñó la batuta en la Sociedad Bach y aseguró la continuidad del movimiento. Fue en esa misma época cuando estrena su primera gran obra orquestal, el poema sinfónico "La Muerte de Alsino".

La Sociedad Bach atrajo a Leng, porque, sin saberlo demasiado nosotros, establecía como una réplica musical de aquella hermandad legendaria de "Los Diez", cenáculo de avanzada, de donde tanto ha salido en el futuro. Fueron estos "hermanos decimales", como se llamaban, una verdadera pléyade, tal como las del Renacimiento, en que poetas, novelistas, arquitectos, músicos, pintores, se acercaron para aunar propósitos, para intercambiar experencias estéticas. Basta casi citar los nombres de estos precursores para medir la importancia que semejante grupo ha tenido en las letras y las artes del país: Pedro Prado, Julio Bertrand, Juan Francisco González, Manuel Magallanes Moore, Alberto Ried, Armando Donoso, Alfonso Leng, Alberto García Guerrero, Acario Cotapos, Augusto D'Halmar, a los que se agregaron, por fallecimiento de Bertrand y de Magallanes, Eduardo Barrios y Julio Ortiz de Zárate. La pequeña revista que "los Diez" editaron es hoy una reliquia preciosa en nuestra cultura. En "los Diez" había ese ambiente de grupo casi oculto que, entre broma y serio, formó verdaderos apóstoles. Entre los que también nos llamábamos hermanos, los "hermanos Bach", Leng fue uno de los que llegaba con inquietudes e ideas más amplias y generales que las que nos movieron en el primer instante a reunirnos para cantar música vocal del Renacimiento.

Por eso, hace siete años, al escribir una crónica acerca de la Sociedad Bach en la Revista Musical, dije: "Leng ha tenido una gran influencia en el desenvolvimiento musical chileno, mucho más de lo que él mismo se imagina. Su cultura, su juicio reposado, la situación que se creó un tanto al margen de las cosas y de los conflictos, pero fir-

memente partidario de las reformas, nos hizo tenerlo un poco como el hermano mayor, aliado y fiador de nuestras embestidas" y agregué que "su palabra serena, su profundo interés por la música y sus destinos, influyeron decisivamente en que nuestras veladas fueran, además de reuniones corales, una especie de academia en que se trataba de todo y en que se hacían proyectos".

Hernán Díaz Arrieta ha dicho que Alfonso Leng encarna como nadie el misterio de la doble personalidad; yo casi me inclino a creer que esta duplicidad es más aparente que real; lo que es Leng es un intelectual, un pensador, un verdadero "hombre de pensamiento", para quien todo lo que suene a artesanía, a rutina, está vedado. Por eso nunca siguió los metódicos y convencionales tratados de técnica musical. No había llegado aún la enseñanza razonada e inteligente de nuestro tiempo. ¿Hay algo más vacío que los tratados de contrapunto del tiempo de Cherubini, los famosos "bajetes" de Fenaroli con que se nos enseñaba antes? Leng poseía un lenguaje personalísimo, una sensibilidad armónica suya, propia; era la música la que le preocupaba y los ejercicios prescribían renunciar a ella en beneficio de la técnica. Por eso no los hizo y esto le ha perseguido como un absurdo cargo de conciencia. En la profesión dental ha sido lo mismo: Leng no podía quedarse en la tradición antigua de los "flebótomos", pensaba, elucubraba, pasó luego a ser más un sabio que un dentista práctico.

Y así compuso música e influyó en los destinos de lo que se hacía en su patria.

* * *

La música de Alfonso Leng es un arte muy especial. Vicente Salas Viú, en un estudio acerca de nuestro amigo, ha dicho que sus obras, "al pasar del tiempo acrecientan su significación. Como los buenos vinos, ganan en grado, se irisan con nuevos matices y su fuerza se hace más penetrante lejos de disminuir". Esta producción, afirma el mismo escritor, tiene como característica "una asombrosa unidad de la primera a la última de las páginas que tiene escritas" y esto llega a tal punto que, según Salas Viú, Leng "se nos presenta logrado, hecho, desde los primeros pasos", "o todo el arte de Alfonso Leng perdura o todo él se

pierde. Así de extremada es la impresión que nos causa cuando nos acercamos a él para considerarlo en su conjunto".

La obra del músico que hoy se distingue no necesita disimulo ni elogios falsos. El compositor, como he dicho, ha vivido preocupado de que su dedicación principal no haya sido la música, de que su "segundo oficio" le haya tomado más del tiempo que habría deseado consagrarle. Pero Leng olvida que en la Historia de la Música hay compositores fecundísimos, que son como esas plantas que producen flores en cada rama, y otros que, como algunas rosas de gran calidad, sólo dejan aparecer una que otra, y rara vez al mismo tiempo; suelen éstas ser las más bellas y perfumadas. Gabriela Mistral en la poesía, Manuel de Falla, Maurice Ravel en la música, no nos han dejado un opera omnia que ocupe bibliotecas. Leng tampoco parece que lo hará. He pensado muchas veces si Alfonso Leng habría podido componer más si se hubiera consagrado a la música; tal vez no y no por falta de inspiración ni de talento, sino porque Leng es un compositor eminentemente subjetivo que escribe sólo cuando siente necesidad, se podría decir por "catarsis", para emplear uno de sus términos. La actitud puramente creadora, en función de una estética, de una forma, de un oficio, no es la de nuestro compositor. Que Leng no quiera escribir fugas, que no haga sonatas con todas las partes académicas, ni construcciones que se puedan analizar en abstracto, ¿qué importa si nos ha dado una tan bella contribución musical?

Hace algunas semanas, me hallaba en la Facultad de Música de la Universidad de Chile y escuché, junto a una sala una obra que no reconocí y que me cautivó por su lenguaje, por su vigor y su riqueza armónica. Sin hacer ruido, me introduje en el recinto en donde esta música se ejecutaba. Cuando terminó me informaron: son las "Otoñales" de Alfonso Leng. Estas "Otoñales", que datan de hace veinticinco años, podrían haber sido escritas ayer; eso mismo puede decirse de algunos estudios, preludios y poemas que van tan allá como el año 28 o el 15. Leng ha sido Leng hace mucho tiempo; nuestro amigo no tiene para qué sentir preocupación ni por la frecuencia con que compone ni menos por la calidad de lo que produce.

La obra de Leng tiene una constante a través de toda su producción y en la canción, a ella se agregan las obras para piano solo. Es

decir, que nuestro compositor es fundamentalmente un autor de carácter íntimo; como Robert Schumann, Hugo Wolf y el mismo Chopin, es un autor al que le calzan mejor unos géneros que otros. Esta idea de que los músicos han de servir para todo, atormentó ya a Beethoven, que soñaba con escribir óperas y aun a Bach, que tampoco logró salir airoso en un estilo vocal profano. Leng ha solido preocuparse de esto, a mi juicio, sin mayor necesidad.

Alfonso Leng inicia sus lieders y la música para piano desde sus primeros ensayos y continúa en ambos géneros hasta épocas muy recientes. La Canción, el "lied", expresión tan puramente romántica, tan apropiada para un alma que siente la música al lado de la literatura, atrae a Leng desde muy joven. Los textos sobre los cuales compone, escogidos con gran cuidado o escritos por él mismo, están, por lo general, en lengua francesa o alemana, más que todo alemana. Aparece aquí el músico nórdico que la Providencia regaló a Chile. Lo curioso es que el idioma alemán no es el que mejor maneja. ¿Son misteriosas resonancias de una fonética ancestral que viene de caracteres heredados? ¿O tal vez algo a lo que Leng se habituó por influencias del ambiente cuando cantar en castellano era sólo concebible para la zarzuela o la canción popular? No olvidemos que nuestros músicos, cincuenta años atrás, se expresaban generalmente en italiano y quedó la costumbre, por mucho tiempo, de que el canto era como una especie de liturgia, en la que no da lo mismo decir las cosas en latín que en español. Humberto Allende fue tal vez el campeón de la rehabilitación de nuestra lengua, hermosa como pocas.

Los textos de las obras de Leng son de un contenido emocional extraordinariamente fuerte: desolados y dramáticos, resignados o anhelantes. Baste pensar en los más conocidos lieder, que el compositor ha transcrito para orquesta, el "Lass meine Tränen fliessen" (deja correr mis lágrimas), "Wehe mir" (desdichado de mí), y una de las únicas poesías en castellano, "Cima", de Gabriela Mistral, para situarnos en el ambiente preciso de las canciones de nuestro laureado.

En el género de piano solo, Alfonso Leng se destaca a comienzos de siglo con sus "Cinco Doloras". Estas son como canciones sin palabras, escritas en un sentido muy acorde a los poemas de Campoamor que llevan ese nombre. Podría decirse, porque la música

tiene nombres casi siempre arbitrarios y caprichosos, que Leng siguió componiendo Doloras toda su vida. Los estudios, preludios, poemas, sonatas, encierran un contenido muy próximo a ellas y podrían llevar epígrafes como las Doloras, a nombres alusivos a estados de ánimo, los mismos que expresan las canciones.

La obra para orquesta en Alfonso Leng es casi la excepción; aparte del poema sinfónico "La Muerte de Alsino", estrenado en 1922 y la "Fantasía para piano y orquesta", de 1936, lo que se escucha en conciertos es la transcripción que Leng ha hecho de algunas composiciones para piano. "El canto de invierno" mismo, que se oye a menudo, es una Dolora más, vertida a la orquesta por su autor. La importancia que tuvo el estreno de "La Muerte de Alsino" fue extraordinaria; sólo pueden medirlo los que estuvieron presentes en esta revelación que sacudió el ambiente musical. En el "Alsino" hay una autenticidad expresiva de enorme vuelo, a la manera de los poemas de Strauss, pero con un material de mejor calidad, con giros y armonizaciones que eran desconocidos y que acercan a nuestro compositor a la obra de Scriabin, músico ruso que por ese entonces era ignorado por completo en Chile. "Alsino" reveló en Leng un compositor de gran vuelo y en Armando Carvajal un director de orquesta de sólida categoría. Con "Alsino" la música chilena salía de la moda italiana y adquiría un tono universal, que nos distinguiría en adelante. Este poema sinfónico nos ha influido a todos los que hemos escrito con posterioridad. La "Fantasía para piano y orquesta" añadió posteriormente una nueva obra de consideración en la producción chilena.

* *

Réstame ahora decir algo más acerca de la colaboración generosa que Leng ha prestado al desenvolvimiento de la música chilena. Dejé a nuestro amigo en los tiempos de la Sociedad Bach, devolviéndome la dirección a mi regreso de Europa y desde entonces uno de nuestros directores invariablemente reelegidos en las asambleas de la institución. No voy a hacer aquí la historia de los acontecimientos musicales, pero, sin hacerla, puede decirse que nuestro amigo asiste una a una a todas las vicisitudes de su trayectoria. En 1928 se verificó la reforma

tal vez más completa que se haya hecho de un establecimiento musical: disposiciones gubernativas barrieron a fondo nuestro viejo Conservatorio y prepararon el nivel a que debía ascender la música. Pues bien, esta reforma, todos lo supimos, se debió en parte fundamental a la gestión personal de Alfonso Leng ante su amigo y "hermano decimal", el escritor Eduardo Barrios, Ministro entonces de Educación. La importancia de este hecho fue capital, tanto, que antes de dos años, el Conservatorio era ya una de las escuelas de la Universidad de Chile. No sólo intervino en la reforma, sino que participó en una serie de incidencias, hasta dramáticas, que la precedieron. El, como hombre pacífico y sin ambición personal, procuró evitar rupturas, hizo cuanto pudo por que las cosas inevitables sucedieran sin acarrear odios. Por eso Alfonso Leng es el único miembro académico de la Facultad de Música de la Universidad de Chile que está en su lugar desde que la primera Facultad de Bellas Artes fue creada.

Ascendidas las cosas musicales a un nivel que antes no habían conocido, se provocó la natural reacción. Gentes hubo que no comprendían el porqué de estas mutaciones y que les atribuían los más mezquinos propósitos. Hubo críticas ante el Gobierno y ante el Parlamento. Nuestro amigo vino nuevamente a ayudarnos con su palabra persuasiva y con el prestigio que su categoría profesional le daba. Leng estuvo entre los fundadores de la Asociación Nacional de Conciertos Sinfónicos, fue Vicepresidente de la Asociación Nacional de Compositores cuando ésta se fundó y su Presidente más adelante en varios períodos. En los momentos en que la vida musical chilena requirió la estabilidad en los organismos de conciertos, los compositores acordaron tomar parte activa en las gestiones parlamentarias. Alfonso Leng fue de los que batalló con nosotros por el Instituto de Extensión Musical. Pocos años más tarde, en 1944, tuve yo el placer muy grande de abrazar a mi nuevo colega, el Decano de la Facultad de Odontología, y desde ese momento, no necesito decirlo, las Bellas Artes tuvieron un decano más. Bastaría con recorrer las sesiones del Consejo Universitario para recordar las innumerables oportunidades en que Alfonso Leng fue nuevamente nuestro hermano colaborador; preocupado de los destinos artísticos, tomando él mismo iniciativas en favor de la música. A Leng debemos en buena parte la aprobación del sistema de Premios por obra

en la composición y de los Festivales bienales de Música Chilena. Fue él el primer presidente del Jurado de Premios por obra. Asimismo, la creación de la Facultad de Música fue estudiada por una comisión, en la que Alfonso Leng tomó parte activa, y, así, podría enumerar una y otra cosa, en las mil vicisitudes de un desenvolvimiento que en pocas décadas transformó todo el panorama de la música chilena. No hace mucho, nuestras cosas musicales conocieron otra vez graves peligros: para conjurarlos, nuevamente el nombre de Alfonso Leng fue pronunciado como el primero. Su prestigio sólido, su calidad moral, eran baluarte inexpugnable.

* * *

Señoras y señores: cuanto he dicho hasta este momento ha sido dictado no sólo por un afecto muy grande a quien hoy deseamos honrar, sino que por un deseo de exponer la verdad y, como dije al comienzo, de explicar ante todos vosotros y ante el propio Alfonso Leng, el porqué de este homenaje y del aprecio que se le tiene. Alfonso Leng es un gran músico, un músico de calidad y de hondura, fue un precursor del avance musical del país y ha sido a lo largo de toda su vida el más leal amigo y compañero de su progreso. El Premio Nacional, con que según nuestras leyes se le honra en este momento, significa el reconocimiento a los méritos de un gran artista y la distinción hacia quien siendo tal, es, además, un gran hombre.

Discurso pronunciado por don Domingo Santa Cruz en el Salón de Honor de la Universidad de Chile, al entregarle al compositor laureado el Premio Nacional de Arte en Música.

Audiciones escogidas:

Obra: Cima, voz y piano
Intérpretes: Ivonne Boulanger (voz), Elvira Savi (piano)
Ocasión: Fonograma “Alfonso Leng”, Instituto de Extensión Musical
Compositor: Alfonso Leng Haygus

Volver

Obra: Doloras para pf, Nº 1
Intérpretes: Pilar Mira (pf), Leopoldo Castelo (narrador)
Compositor: Alfonso Leng Haygus

Volver

Obra: La Muerte de Alsino
Intérpretes: Orquesta Sinfónica de Chile, Victor Tevah (dir)
Lugar/fecha: Teatro Astor, noviembre 1957
Ocasión: Matriz disco
Compositor: Alfonso Leng Haygus

Volver